

PALABRAS DE CLAUSURA DEL SR. PRESIDENTE D. ENRIQUE FUENTES QUINTANA

Señores Académicos, señoras y señores:

Constituye un motivo de profunda satisfacción participar en este Acto por muchas y variadas razones. La primera, por la oportunidad de concelebrar con la *Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Percopo* el Acto de presentación del libro de Francisco Elías de Tejada, «Historia de la Literatura Política en las Españas». En segundo lugar, porque en este Acto se adjudica el Premio *Francisco Elías de Tejada 1989-1991*, cuya reseña ha realizado, con su sabiduría acostumbrada, nuestro compañero Gonzalo Fernández de la Mora. Por otra parte, esta Presidencia no puede dejar de resaltar en un Acto como éste su agradecimiento, nacido ya con anterioridad, pero nunca suficientemente declarado, por el valiosísimo legado que a la Real Academia dejó Elías de Tejada, con más de 20.000 volúmenes de Filosofía del Derecho y Ciencias Políticas Contemporáneas.

Para un economista como yo, el que el Premio de este año tenga como argumento la figura de Antonio Capmany y de Montpalau, me obliga a una glosa adicional a la importancia de este historiador y economista catalán al que siempre hemos valorado los economistas españoles como un pensador importante en el doble campo de la Historia y de la Economía. Los comentarios y valoraciones de la obra de Capmany, del que ha sido maestro de historiadores y economistas españoles Luis García de Valdeavellano, y los más actuales de Pierre Vilar en su «Historia catalana del siglo XVIII. La obra de Capmany modelo de método histórico» y la posterior Tesis Doctoral de Ernest Lluch «El pensamiento económico de Cataluña. 1760-1840», han situado el quehacer de Capmany bajo una perspectiva nueva para la valoración de su forma de hacer Historia y la perspectiva desde la que enfocó el desarrollo económico en la España del XVIII. Del conjunto de la obra de Capmany, pese a la importancia de monografías situadas al margen de la Economía como «La filosofía de la elocuencia» (Madrid, 1777) o «El teatro histórico crítico de la elocuencia castellana» (Madrid, 1876-1884), los escritos que han mantenido más actualidad han sido los históricos-económicos, muy utilizados por su documentación por los historiadores contemporáneos. La apreciación de la obra de Capmany parte de la importancia de tres obras capitales: «Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales y

de la defensa de sus gremios y costumbres populares. Conservación de las artes y honor de los artesanos» (Madrid, 1778), «Las memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona» (Madrid, 1779-92) y, en tercer lugar, «Las cuestiones críticas sobre varios puntos de Historia económica, política y militar» (Madrid, 1807). Son estas tres obras las que configuran la personalidad de Capmany y las que le conceden un gran interés en nuestro tiempo. Un interés como historiador y como economista.

Como historiador ha sido Luis García de Valdeavellano el que ha valorado su obra con más acierto. En su opinión, Capmany es, en realidad, uno de los fundadores en España de la Historia Regional y local tal y como se la concibe en íntima relación con la vida económica y las circunstancias geográficas. En cierto modo —y como subraya Valdeavellano— por su forma de historiar Capmany desempeña un papel equivalente al de Justus Mösser en Alemania. Para contar el pasado de Barcelona, Capmany atiende a su raíz más honda, a su ser auténtico que se manifiesta en la vida mercantil y marítima que da el tono de la ciudad. «Las memorias históricas sobre la marina, el comercio y las artes de la antigua ciudad de Barcelona», quizá su obra fundamental, no es otra cosa, por debajo de su enorme aportación erudita, que una narración de auténtico ser económico de la Barcelona de la época sin la cual no tendría razón de existir ni probablemente existiría.

Por otra parte, ese afán de construir la Historia del pasado partiendo de hechos concretos sobre los cuales se llega a la teorización de las causas del desarrollo económico, constituye una de las aportaciones fundamentales de Capmany para valorar el pasado desde el punto de vista de los cauces del dinamismo de una economía. Como ha afirmado Ernest Lluch en su Tesis Doctoral, el libro tercero de «La riqueza de las naciones» que sigue esta forma de teorizar, partiendo de la realidad económica, y que continuarían después Adam Anderson y Sismondi, encuentra una correspondencia en la obra de Capmany.

Es curioso que este historiador y economista catalán, pese a haber abandonado Barcelona poco tiempo después de terminar sus estudios (antes de los veinte años) y haberse trasladado a Andalucía, donde estuvo encargado por el Gobierno de contribuir a la iniciada empresa de la colonización de Sierra Morena, interpretada por Olavide, tuviese como destino final a Cádiz, ciudad en la que Capmany fallecería a los setenta y un años y en la que está enterrado. Pues bien, digo que, pese a ese abandono temprano de Cataluña cuando no había cumplido los veinte años, todas las obras histórico-económicas de Capmany están relacionadas íntimamente con Cataluña.

Es a la investigación del desarrollo económico catalán a la que dedicará Capmany sus mejores reflexiones. La originalidad de Capmany, muy estimada por los economistas, consiste en situar en el centro de la escena económica de una sociedad dinámica al comercio. El comercio exterior para Capmany, no solamente daba salida a las producciones nacionales, sino que ponía en relación al sujeto activo del cambio

que era el consumidor, sus gustos y sus necesidades y a los agentes productivos que debían innovar y ajustarse a las peticiones de los consumidores. El secreto del progreso para Capmany consistía en introducir las demandas de los comerciantes como el hecho de que debía partir el crecimiento de la producción. La creación de nuevas necesidades, aprovechando la distancia del origen, era para Capmany una fuente para aumentar la producción y crear nuevos empleos. Por otra parte, el comercio exterior constituía, asimismo, una fuerza agente importante del crecimiento económico general. «La producción de los productos y efectos extranjeros que llegaban al país, esto es, de las importaciones, despertaban el coraje de la actividad económica interna fomentando la industria y los oficios (servicios)». La agricultura, en lo que tenía de adaptación a los cultivos modernos y de transformación de las rutinas de una sociedad atrasada, partía también de la demanda realizada por los comerciantes, tanto para el tráfico interno como para el exterior.

Contra esta fuerza impelente del desarrollo que era para Capmany el comercio, su obra describe, asimismo, una segunda causa del crecimiento en Cataluña: la forma democrática de su gobierno municipal que representaba al interés de la ciudad sin dependencia de la nobleza y que contribuía a poblarla de hombres activos y de ciudadanos laboriosos cuya esencial preocupación debía ser el comercio, las artes y la navegación.

A esas dos causas del desarrollo económico general —el comercio y la convivencia democrática de la ciudad— se añadía una tercera para Capmany: las Leyes, derivadas en gran parte de las costumbres y en virtud de las cuales cada individuo, dentro de su clase fue respetado y respetable, sin anhelar jamás salir de su estado que, al paso que les prometía la subsistencia, les aseguraba una general y constante estimación.

En el modelo de Capmany, la cuarta y última causa del progreso económico catalán era la existencia de los gremios como instituciones económicas y como instituciones que tenían acceso al gobierno de la ciudad. Esta defensa de los gremios como instituciones encargadas de facilitar y perfeccionar las diferentes maniobras de cada rama productiva para asegurar su solidez, ha sido una de las ideas más criticadas de la obra de Capmany como lo atestigua el juicio adverso de Antonio Elorza. Sin embargo, para entender el valor y aportación de los gremios al desarrollo de la ciudad de Barcelona, quizá haya que contemplarles desde el punto de vista limitado y explicado por las circunstancias históricas muy singular de la ciudad.

Esas cuatro causas explican el desarrollo de Barcelona, que dispuso de un modelo en que integraban todos esos factores. A él se refería Capmany afirmando «si Barcelona fue durante toda la Edad Media, el emporio del tráfico de Cataluña, es la ciudad que dictaba las leyes para el buen orden de las instituciones marítimas y que en todas las ramas de la economía política fue modelo del Principado, también fue la pauta general sobre la que se uniformó el régimen de todos los oficios en las otras ciudades y villas».

Estas ideas de Capmany chocaron con las que desarrollaba, en el «Discurso sobre el fomento y la industria popular», Campomanes. En particular, la defensa de los gremios por Capmany le parecía Campomanes retardataria para la extensión de la actividad industrial. Otro punto que separó la obra de los dos grandes economistas fue la consideración de las Reales Fábricas, fábricas populares, que Campomanes veía con buenos ojos y que fueron criticadas por Capmany.

La obra de Capmany no se limitó solamente a considerar desde el punto de vista renovador la forma de hacer e interpretar la Historia a través del prisma económico sobre la causa del desarrollo económico de Cataluña. Se extendía en otras múltiples direcciones que los autores de la obra premiada exponen con detalle su vasto índice: su labor en las Cortes, sus ideas jurídico-políticas y sus ensayos filosóficos o histórico-críticos de la elocuencia. La obra de Antonio Capmany y de Montpalau vuelve a tener hoy un interés para múltiples especialistas en las Ciencias Sociales, un interés al que debe servir la obra que hoy se premia que deberá merecer la lectura y la crítica para contribuir a una mejor valoración del que Pierre Vilar ha considerado como uno de los hombres capitales de la generación de 1780 que inició el desarrollo económico de Cataluña.